



DEOR
CONSULTORES

Deor Consultores, S.L.
Unió, 91 · 08302 · Mataró (Barcelona)
T. 93 741 50 08 · F. 93 741 42 37
e-mail: info@deorconsultores.com
www.deorconsultores.com



A Walter Scott Martínez le propusieron uno de los trabajos más difíciles de su carrera: hacer desaparecer los edificios que quedaban de una urbanización en la costa del mediterráneo.

El complejo en cuestión se había construido en pleno periodo de bonanza. Constaba de rascacielos, casinos, piscinas con palmeras en el centro, boleras y carreteras de color rosa.

El promotor había hecho suspensión de pagos y se había dado a la fuga. Todo eso se había ajado con el tiempo, se había ido abandonando, ya nadie lo visitaba y las pobres casas altas y vacías miraban a su alrededor como un gigante desdentado y calvo: ventanas rotas, ladrillos desaparecidos, antenas podridas.

Walter tenía una empresa, única en el mundo, de “Gestión de conocimiento” y se había hecho famoso por descubrir y promocionar al inventor del sistema de destrucción de bolsas de plástico en los mares, además de ayudar a patentar la impresora que utiliza residuos de café ideada por un coreano, entre otras muchas cosas.

Llegó al pueblo fantasma una mañana de enero. No hay nada más triste que un pueblo de costa vacío en estas fechas, pensó. Se instaló con su roulotte a la entrada, se tomó una sopa de miso calentita y se sentó a pensar. No se le ocurría absolutamente nada para despejar el horizonte. Bueno, dormiré y a ver qué pasa, se dijo.

A la mañana siguiente llovía y el panorama le pareció todavía más desolador, difícil, farragoso, de tal manera que se le distorsionaba el pensamiento, le producía un tapón en el cerebro. Qué hago yo con todo esto, cómo lo elimino, se preguntaba una y otra vez sin respuesta alguna.

Los que le habían contratado, un grupo ecológico que se había hecho cargo de la alcaldía de la ciudad, le habían puesto una única condición: nada de voladuras, que son muy perniciosas para el medio ambiente.

A pico y pala era imposible tirar todo eso abajo, tardaría años. Provocar un tornado, como hacen en esos países que programan las nubes de lluvia con no se producto químico, era anti-ecológico...No se le ocurría ni una idea feliz.

Para animarse, hizo una foto y la colgó en su ordenador. Empezó a jugar con el photoshop y de ese modo fácilmente iba borrando una torre por aquí, una discoteca por allá. Le daba una sensación ligera y agradable, pero seguía sin llegar a ningún lado.

Se tiró así tres días seguidos, instalado en la más absoluta de las sequías mentales. Comía frugalmente, dormía y se despertaba sin la más remota idea de saber por dónde tirar.

El cuarto día, decidió dar una vuelta por los alrededores. Le chocó bastante que a menos de trescientos metros hubiera una hondonada tremenda como si fuera el cráter de un volcán lunar y recordó que el concejal de medio ambiente le había comentado la atrocidad del promotor al pretender construir el lago artificial más grande del mundo, lo había olvidado totalmente.

Llamó a su socia, a ver qué tal iba todo por el despacho, y ella le contestó: me pillas cambiando la rueda delantera del coche, en un rato te llamo. Nada más colgar, sonó un extraño ruido a su espalda y vio como una rueda de bicicleta oxidada bajaba por la pendiente sin ser empujada por nadie. En un acto reflejo miró el reloj y la ruedecilla de darle cuerda salió disparada, plim.

Esa concatenación de hechos le produjo una explosión dentro de su cabeza, las sienas le apretaban, los ojos le hacían chiribitas, el corazón se le detuvo como cuando de pequeño se tiraba por el tobogán...

Le venían a la memoria, mezcladas, imágenes del cuadro de Dalí de los relojes derretidos, del carrito de bebé cayendo por la escalera de la pe-

lícula “El acorazado Potemkin” de Eisenstein y en una pirueta simpática también las de Correcaminos mic-mic con el pobre Coyote despenándose una y otra vez y el agujero profundo que dejaba la explosión...

En medio de todo ese revuelo imaginativo le llegó la gran luz ¿Cómo no se le había ocurrido antes? La solución estaba ahí delante. Clara, nítida... y sobretodo rodante. Recordó un reportaje que había visto hacía años en el que trasladaban una posada, que además se llamaba Serendipity, con un remolque hacia tierra adentro porque estaba a punto de comérsela el mar. Lo que tenía que hacer era justo eso, echar al cráter cercano todo ese pueblo fantasma, cubrirlo con tierra y provocar así su desaparición.

Llamó a su socia: mándame al colega de los plásticos y el mejor equipo del mundo de excavadores y remolcadores, por favor. Y varios camiones de ecotierra de la mejor calidad.

Puso un anuncio en el pueblo: Se regala todo lo que se desee de la urbanización “Don Gil”. Desde el aluminio de las ventanas a los enchufes, pasando por los somiers, las neveras industriales, los lavabos... todo a libre elección y gratuitamente. La única condición es que se tiene que retirar el material antes de una semana.

La caravana que se formó fue increíble. Camiones cargados con neveras y tuberías retorcidas, persianas, colchones, lámparas, cerraduras...

Fue un éxito total. El último día solo quedaban en las casas los esqueletos de ladrillo y hormigón, en ese momento el encargado de los plásticos retiró cualquier residuo de ese material de manera que las construcciones quedaron prácticamente compuestas de material orgánico. Entonces fue cuando entraron las excavadoras abriendo boquetes de-

bajo de los edificios. Y por último, los remolcadores, una vez bien calzados, trasladaron los edificios uno a uno hasta la hondonada. Una vez allí, al situarlos en la pendiente, se desmoronaban como un castillo de naipes.

Solo quedaron tres tristes piscinas y un estanque seco que rápidamente se cubrieron de arena y en su superficie se plantaron nardos de mar, que casualmente hacía años que habían dejado de crecer en esas costas.

Los escombros se cubrieron con la ecotierra y en ella se plantó una huerta de árboles frutales, que proporcionarían frutas gratuitas para todo el pueblo con el beneficio además de un aporte imprescindible de vitaminas para una dieta saludable.

Quizá por eso, este año, cuando se cumple el aniversario de tan épica hazaña el ayuntamiento ha decidido bautizar esa ronda al lado del mar como Paseo Walter Scott Martínez.

Los medios de comunicación de todo el mundo hablaron de ello, el NYT le hizo una entrevista de dos páginas, pero para Walter lo más importante de esos días fue sentir que no había tirado la toalla, que había luchado hasta llegar a una de las mejores soluciones posibles integrando todas las posibilidades. Y es que era de ese tipo de personas para las cuales el verdadero miedo significa dejar de pensar, de idear, de superarse. Ya lo dijo Einstein: Solo la imaginación es más importante que el conocimiento. 🌱



EN 2016, ¡CUIDEMOS
EL ENTORNO, USEMOS
LA IMAGINACIÓN!

